

*Col·lecció Missatges, 27*

# **Europa: globalización e identidades**



*Jordi Pujol*  
Presidente de la Generalidad  
de Cataluña

Cambridge,  
Center for European Studies  
(Harvard)  
18 de abril de 2000



**Generalitat de Catalunya**

Biblioteca de Catalunya. Dades CIP:

---

**Pujol, Jordi**

Europa : globalización e identidades : Cambridge, Center for European Studies (Harvard), 18 de abril de 2000. – (Missatges ; 27)

ISBN 84-393-5479-7

I. Catalunya. Generalitat II. Harvard University. Center for European Studies III. Títol IV. Col·lecció: Missatges. Castellà ; 27

1. Globalització 2. Identitat col·lectiva 3. Nacionalisme – Europa  
316.32:323.17

---

© Generalitat de Catalunya  
Departament de la Presidència

1ª edición: julio 2001

ISBN: 84-393-5479-7

Depósito legal: B-32.050-2001

Diseño y producción: Entidad Autónoma del Diario Oficial y de Publicaciones  
Impresión: Gràfiques Maculart, SA

# Europa: globalización e identidades

Cambridge, Center for European Studies (Harvard)

18 de abril de 2000

Quizá el título de este parlamento no sea exacto. Porque no se trata de una especificidad europea. No sólo Europa se enfrenta a esa disyuntiva (que, como intentaré explicar, no es exactamente una disyuntiva en el sentido de contradicción o confrontación). Pero en Europa quizá posee un especial significado. Cada vez que en el marco del proceso de integración europea se realiza una comparación con los Estados Unidos de América, aparece el tema de las numerosas lenguas y culturas, de las muchas tradiciones y, en última instancia, de las muchas identidades existentes en Europa. Y se habla de que Europa ha tenido una edad media que los Estados Unidos no han tenido y que ha configurado un mosaico de pueblos que contrasta con el *melting pot* americano y la unidad de la nación americana. Mosaico más complejo incluso que lo que se desprende de la simple contemplación de un mapa político de Europa con un color distinto para cada Estado. Puesto que estos mapas esconden que dentro de muchos estados de color uniforme existen varias culturas, diferentes lenguas, incluso diversas naciones. España, por ejemplo, no es un país uniforme, con una sola lengua y una sola y única conciencia colectiva. Por lo menos hay tres: está el País Vasco, está Galicia y está Cataluña, el país

al que represento. Y evidentemente la nación más central, de molde castellano, que habitualmente es la que en el extranjero da la imagen de España.

Soy consciente de que eso no es totalmente exacto, porque si bien es cierto que en Europa existen muchos estados y muchas naciones, muchas lenguas y muchas mentalidades, también lo es que en los Estados Unidos, de las muchas y muy variadas inmigraciones que han recibido, muchas de ellas conservan una acusada idiosincrasia. Todos son americanos, hablan inglés –aunque no todos los latinoamericanos lo hablan–, se sienten ciudadanos leales de los Estados Unidos, etc., pero muchos de ellos mantienen muy vivos ciertos aspectos de su identidad originaria. Es más, en algún momento –no sé si ahora es exactamente así– hubo, hace pocos años, un fuerte rebrote de la conciencia étnica originaria de algunos de estos grupos. Tanto fue así que llegó a haber una cierta alarma que reflejó bien el libro de Schlesinger, *The disuniting of America*.

Pero el problema de la globalización, y el de la tensión globalización-identidad, no son sólo europeos, ni únicamente americanos. Son universales.

Es bien sabido que cada vez más la economía está condicionada por los mercados financieros globales, que las nuevas tecnologías de la información hacen cada vez más fácil y más rápida la relación en el ámbito de todo el mundo, que existe una moda mundial, etc. Que el inglés se ha convertido en la lengua mundial. Que todo está organizado en redes globales, que, por otro lado los poderes públicos controlan cada vez menos. Sin embargo, precisamente todo ello está provocando que la gente, las personas, los individuos, reclamen tener cada vez más identidad. Todo ello ha sido

definido de forma magistral y con muy pocas palabras diciendo que el mundo se dirige hacia la red y el yo. La red, es decir, el acceso inmediato e individualizado a todo el mundo, a millones y millones de seres individuales de cualquier rincón del mundo. Un contacto sin intermediarios, saltándose las fronteras y las instituciones sociales. Y por otro lado el yo. El yo individual y el yo colectivo.

«Para navegar por los flujos –afirma un prestigioso especialista de la Universidad de Berkeley sobre la sociedad de la información, Manuel Castells– hay que tener un referente, hay que tener un ancla.» Y esa ancla es la identidad. Ya diez años antes un autor norteamericano que probablemente ustedes conocen muy bien, John Naisbitt, había pronosticado que en el mundo existiría, por un lado, un *global lifestyle* y, por el otro, muchos *cultural nationalism*, y que ambos se complementarían. Y que hechos como la lengua, como la cultura, como la religión, como las tradiciones, como el arte y la literatura serían de nuevo importantes en la vida y la experiencia personales. Que lo serían individualmente, pero también como componentes de identidades colectivas hacia las que las personas se sentirían de nuevo profundamente vinculadas. Todo ello perfectamente compatible con el uso del inglés como lengua universal, con los *e-mail* como herramienta normal de la comunicación, incluso con el hecho de ser cliente habitual del McDonald's local.



Como ya les he dicho, este fenómeno en Europa presenta las características propias derivadas de su his-

toria. Existen muchos estados denominados nacionales, pero también dentro de esos estados, muchas naciones o incluso hechos colectivos de lengua, cultura, derecho civil, tradición histórica, mentalidad, etc., que las convierten en auténticas naciones sin Estado. Pero no es éste el único carácter distintivo de la personalidad europea. Lo es también su modelo social, distinto del de los Estados Unidos y del que los europeos nos sentimos orgullosos. Aunque a veces debemos admitir que, por el contrario, el modelo económico norteamericano parece más eficaz y más vigoroso que el nuestro. Y en conjunto, y en parte vinculada a la multiplicidad de culturas y lenguas, existe también una cierta confrontación cultural. El caso más evidente es el de Francia, que reclama que la OMC introduzca limitaciones a la libertad de comercio de los productos culturales. Se trata de la política denominada de excepción cultural, que de un modo u otro también defiende España.

Y nosotros mismos, en Cataluña, que no somos un Estado independiente y que sólo somos seis millones de habitantes –es decir, no somos un país poderoso– y que tenemos una lengua que ha sido objeto de persecución durante siglos, pero que hemos conseguido conservar viva y actual, tenemos un conflicto con las grandes compañías cinematográficas americanas, las más *grandes*, por el tema del doblaje de películas al catalán. Visto con la perspectiva del mercado mundial y de la globalización, ello podría llegar a parecer ridículo. Pero para nosotros es importante, justamente porque es un problema de identidad. Tan importante que, como jefe del Gobierno catalán, yo debo tener muy en cuenta estos temas cuando se trata de tomar

decisiones de política española, a veces con repercusiones incluso fuera de España.

Esta voluntad de los países de volumen reducido de mantener su identidad se ve facilitada por el hecho de que muchos de ellos tienen un gran dinamismo económico. Países como Finlandia o Irlanda, en Europa, son hoy en día los ejemplos más evidentes de capacidad de innovación, de competitividad, de dinamismo y de crecimiento. Pero incluso dentro de los estados el dinamismo a menudo se concentra también en áreas dotadas de una fuerte personalidad y con una combinación particular de personas, instituciones y cultura: Lombardía, Rhône Alpes, Baviera, Flandes, Baden-Württemberg, Véneto y un largo etcétera.

Un autor europeo, estudioso de los movimientos nacionalistas europeos, recientemente escribió que «hoy las pequeñas naciones, con o sin Estado, y muchas regiones sólidas están demostrando que están especialmente bien preparadas para la competencia internacional. Los cambios que se han producido en la economía mundial e incluso la mundialización de la economía no han destruido, como algunos pronosticaban, las economías pequeñas o medianas, sino que les han abierto puertas. Los países pequeños y medianos que ante esto han sabido posicionarse y ponerse al día jugando la triple carta de la inversión –propia y extranjera–, la innovación y la internacionalización han sacado un gran provecho de todo ello.» Habría que añadir que se trata de países que han sabido crear una buena cohesión social interna.

Son como corporaciones y, de hecho, algunos estudiosos de estos temas hablan de Flandes corporación o de Baden-Württemberg corporación, es decir, como

si de una empresa se tratara. Una empresa, sin embargo, que sabe que su competitividad no es sólo un problema técnico, sino también de convivencia, de cohesión, de confianza y autoestima, de capacidad de asumir colectivamente unos determinados objetivos. De personalidad bien definida.

Los casos que he citado antes de Finlandia e Irlanda responden bien a esta descripción. Con mayores dificultades porque no tienen el suficiente poder político, Cataluña intenta lo mismo: el mantenimiento de su carácter de nación sin Estado propio con el crecimiento económico, y su inmersión en el mundo de las nuevas tecnologías. Con dificultades, como les decía, pero con el suficiente éxito para tener un crecimiento claramente por encima de la media española y de la media europea y para convertirse en un referente positivo en todo el sur de Europa.

He citado Irlanda y Finlandia porque les hablo sobre todo de Europa, pero en el ámbito mundial les podría hablar de Nueva Zelanda, que exhibe uno de los actuales éxitos económicos y sociales más brillantes. De Nueva Zelanda dice Keinichi Omahe, un especialista japonés en desarrollo económico, que sus 3,4 millones constituyen una buena medida para operar en la economía global de lo que él denomina una *region state*. Pero no se trata sólo de un problema de medida, es una cuestión de cohesión, de priorización de la educación y de internacionalización. En última instancia, de una mezcla de voluntad colectiva y de espíritu de modernidad. Y no importa estar tan lejos de casi todo el mundo. Se había dicho que la mundialización acabaría de arrinconar a Nueva Zelanda, que realmente está en un rincón del mundo. Ha sucedido lo contrario. Y quien

habla de Nueva Zelanda, habla de otros países del *Pacific Rim*, para los que cuarenta años atrás se auguraba un oscuro futuro y que hoy en día son brillantes ejemplos de crecimiento, de modernidad y –ello de hecho lo explica todo– de fuerte y bien cohesionada personalidad colectiva.

Quizá ustedes conocen el libro de Robert D. Kaplan *An Empire Wilderness*, un intento de prever cómo pueden evolucionar los Estados Unidos en el siglo XXI. Y seguro que quienes lo conocen pueden juzgarlo mejor que yo, porque trata de su país, que yo no conozco bien. Yo conozco Europa, eso sí. Pero no los Estados Unidos. A pesar de ello, no considero fundamentados los temores que Schlesinger expresaba en *The desuniting of America*, y tampoco creo en la disgregación de los Estados Unidos en un mosaico de comunidades diferentes, como dice Kaplan. Pero sí que quizá es posible que en los Estados Unidos, en el marco de la gran nación, los elementos de identidad de lengua, religión, cultura, etc., no sólo se mantendrán, sino que se fortalecerán.

Todo ello en el marco, como decía, de la nación americana, pero también en otro marco mucho mayor: el de la globalización tecnológica, financiera, cultural, lingüística, etc.

Estoy convencido de que la libertad de comercio en todo el mundo, que con una mentalidad muy globalizadora la OMC defendió en Seattle, favorecerá el crecimiento global y, por lo tanto, tarde o temprano, rebajará la pobreza y ayudará al desarrollo general. Pero no es menos cierto que, según cómo se aplique, provocará grandes tensiones. Tensiones de modelo social, por ejemplo. Casualmente, los días de la conferencia

de Seattle yo me encontraba en Nueva Delhi y viví de cerca la reacción india. Por ejemplo, la reacción de los dos partidos comunistas indios contra las exigencias europeas y norteamericanas de carácter laboral. La reacción de todos los sectores económicos y políticos de la India contra las exigencias europeas y norteamericanas acerca de las condiciones laborales. Reacción de la que participaban también los dos partidos comunistas indios. Parece paradójico, pero sólo lo es a medias, porque es cierto que, aparte de los criterios de justicia que inspiran esas exigencias, también existe la voluntad de las industrias manufactureras y de los sindicatos de los países desarrollados de defenderse de la competencia india. Cuando la globalización se convierte en modelo único y lenguaje único, sin matices, sin adaptación a las realidades cambiantes, se convierte en un peligro muy grave para los más débiles. Y así en todo, desde la economía a la cultura.

Yo he vivido en pequeño, en muy pequeño, los hechos de Seattle en Davos. Ustedes saben que cada año, a finales de enero, en Davos, una estación de esquí de Suiza, se celebra la reunión del WEF. Una gran reunión que suele estar muy marcada por el lenguaje único de la globalización, aunque los organizadores, inteligentemente, intentan evitarlo. Este año, algunos grupos intentaron, como en Seattle, organizar una protesta. Protesta pequeña, por varios motivos, incluso porque en Davos sólo se va por una carretera fácil de cortar y porque hace mucho frío.

Tengan en cuenta que yo soy un hombre de gobierno, que a veces me irrito con tantas protestas que no me parecen lógicas ni justificadas. Es decir, en Davos yo era un hombre *in*, miraba cómo los manifestantes

pasaban frío fuera desde dentro, a pocos pasos de las figuras más consagradas de la política y de la economía mundiales, y de las grandes instituciones económicas como el IMF y el Banco Mundial y poco antes de ir a escuchar al presidente Clinton, y todo ello en un clima de buena calefacción y, sobre todo, de una cierta autosatisfacción. Y ya les he dicho que creo firmemente en el mercado global, las nuevas tecnologías y los mercados financieros. Y que sería una desgracia volver atrás. Pero ello no es obstáculo para que algunas de las protestas de Seattle y de Davos y algunos de los temores estén justificados. Hay que tenerlos en cuenta. Y creo, como catalán, es decir, como miembro de un país pequeño y poco poderoso, pero cohesionado y con sentido de identidad, que no sólo podemos resistir la globalización, sino que podemos sacar provecho de ella e incluso podemos aportar un mensaje y una experiencia positiva en el sentido de demostrar que la globalización, la tradición y la visión de futuro son compatibles. Del mismo modo creo que puede encontrarse la forma de respetar valores y patrimonios morales y materiales que podrían sentirse amenazados por las actuales orientaciones de la modernidad.

Es más, probablemente existen valores de esos que es necesario conservar si deseamos evitar que el actual proceso de globalización y de tecnificación acabe siendo negativo.

Preguntaban no hace mucho a uno de los más famosos gurús de la globalización y de las nuevas tecnologías –y muy situado en lo que en el lenguaje político europeo se denomina el sector más progresista– si creía que la nueva sociedad que se está gestando sería más justa. Dijo que no. O que no era en absoluto se-

guro. Existe el peligro, dijo, de que sea extremadamente individualista, de gente muy aislada. Que tenga una fuerte tendencia a disolver las instituciones sociales. Y dijo que, por lo tanto, la ética, la solidaridad, el sentido del bien común, la responsabilidad, el humanismo, y la educación en todos esos valores, iban a ser más importantes que nunca. Habría, dijo, que *rekindle old values, and deep values*.

Por otro lado, ya me he referido antes a la necesidad de tener un ancla para navegar por los flujos.

Todo esto puede parecer moralismo, pero no lo es. O no es sólo moralismo. Estas reflexiones repercuten en la acción de políticos y gobiernos. La disolución de las instituciones sociales, por ejemplo, asusta. Empezando por la familia. Es significativo de lo que está sucediendo, el hecho de que ahora en Europa los partidos socialistas intenten recuperar la bandera de la defensa de la familia. La izquierda europea, desde el célebre artículo de Engels contra la familia, titulado «La Santa Trinidad», hasta hace poco, se ha desinteresado por la familia. Ahora Tony Blair hace de su defensa un pilar de su política. Lo mismo sucede con los socialdemócratas escandinavos, pero también con el representante más evidente del socialismo clásico, Lionel Jospin. Sin familia fuerte, dicen los socialdemócratas escandinavos, el Estado del bienestar no es sostenible y la defensa de la persona frente a lo que ellos denominan la masificación individualista que las nuevas tecnologías propician no es posible.

En Norteamérica probablemente la situación es distinta, porque la familia siempre ha tenido más defensores que en la Europa de los últimos treinta o cuarenta años. Me parece que eso es así, a pesar de que una

película como *American Beauty* pueda equivocadamente hacer creer lo contrario.

La familia es un círculo reducido en el que se vive la solidaridad, el sentido del bien común y el de la responsabilidad. Sin embargo, aunque es muy importante, ella sola no puede equilibrar la tremenda fuerza de los factores globalizadores, ni el riesgo de masificación y de despersonalización que suponen. De nuevo, por lo tanto, hay que hacer referencia a colectivos mayores basados en factores capaces de crear un sentimiento de pertenencia, de identidad y de comunidad. Ya he hablado antes de los sentimientos religiosos, o bien de la fidelidad a la lengua y a la cultura propias, por minoritarias que sean, por parte de gente que en el trabajo y en Internet sólo usa el inglés, o bien en las adscripciones culturales propias conviviendo con la recepción cotidiana de una información a nivel mundial.

Una de esas identidades es la nacional. El nacionalismo que puede ser consciente y declarado, o inconsciente, o hipócritamente disimulado pero realmente operativo. Y que puede ser pacífico, inclusivo y simplemente de afirmación o bien defensivo, o violento, excluyente y agresivo. Del mismo modo que de Marx han derivado el estalinismo y la socialdemocracia, y de Jesucristo la Inquisición y san Francisco de Asís, de la voluntad de ser, que en última instancia es el núcleo del nacionalismo, pueden derivarse versiones positivas y negativas. Se lo digo porque sé que la palabra nacionalista a menudo es valorada negativamente y, puesto que yo soy nacionalista, nacionalista catalán, tengo que hacer estas distinciones.

El caso es que los estados europeos se han construido sobre la base de grupos nacionales diferenciados.

Es más: algunos estados europeos –España es uno de ellos– son plurinacionales, es decir, están formados por más de una nación. Europa, por lo tanto, es el resultado de todo ese conjunto de naciones. Que se pueden unir, que se quieren unir, que poco a poco se unen, pero que no quieren desaparecer.

¿Acaso es ésta la causa de que Europa no acabe de igualar a los Estados Unidos como gran potencia? ¿O son, como dicen otros, su modelo económico y su modelo social? Lo evidente es que tanto si es la multiplicidad de identidades como si es el modelo económico y social, Europa no quiere renunciar a ello.

No sé si lo que voy a decir tiene alguna vigencia en Estados Unidos. Pero es que estoy hablando de Europa. Y en Europa una de las cosas que probablemente permitirá combinar la necesaria y deseable globalización con el mantenimiento de unos marcos humanos equilibrados y cohesionados es precisamente el sentido identitario o, si la palabra no les asusta, el sentimiento nacional. Que puede conducir a los horrores de la guerra de Yugoslavia, pero que, en muchos casos más, es un factor de integración en una sociedad en peligro de desintegración. Ya Helmut Schmidt, ex canciller alemán, había subrayado el aspecto benéfico que podía tener un nacionalismo sano, es decir, pacífico y no excluyente. Lo decía en 1992, en un manifiesto redactado conjuntamente con algunos intelectuales y políticos alemanes, entre otros Marion Dönhoff y Edzard Reuter, titulado «Por qué el país debe cambiar» (*Weil das Land Sich ändern Muss*). Y entonces escandalizó a más de un político europeo de izquierdas.

Pero, ahora, cuando el periódico *Le Monde* organiza un foro sobre *Quelles valeurs pour demain?* –un

foro evidentemente de orientación izquierdista— ahí se dice que el socialismo europeo debe corregir el error que cometió al desinteresarse del hecho nacional. Dice, asimismo, que la izquierda europea del siglo xx se dejó engañar por una falsa dicotomía entre nacionalismo e internacionalismo (podríamos decir entre identidad y globalización). Y que se puede ser al mismo tiempo fundamentalmente escocés, plenamente británico y auténticamente europeo. Yo diría que se puede ser en primer lugar catalán, pero también español y por último europeo.

Cada vez más existe un nuevo principio de organización, que es el de las nacionalidades múltiples. A mí, como catalán, me gusta ver cómo en ámbitos intelectuales tradicionalmente centralistas como los franceses, se aceptan afirmaciones como la de que Cataluña puede ser un buen modelo porque en el marco del Estado español ha logrado implantar una autonomía política basada en la identidad, el progreso y la cohesión, y abierta *au grand large*, es decir, abierta al mundo. Abierta ante todo a Europa —Cataluña siempre ha sido muy proeuropea— y abierta al mundo. O bien como se reconoce que intentamos ser, que por lo menos lo intentamos, una *wellcome society*.

De paso déjenme decir que no les extrañe que haya citado preferentemente a autores socialistas o de los que genéricamente se consideran de izquierdas. Simplemente lo hago porque sus actuales afirmaciones en parte representan un cambio respecto a lo que habían dicho habitualmente; durante mucho tiempo. Son, por lo tanto, especialmente significativas.

Como pueden ver, como conclusión, intento explicar que deben existir muchas realidades sociales in-

termedias y muchos más gobiernos que las rijan, muchas identidades culturales próximas a la gente. Lo que decía Naisbitt: un *global lifestyle* y muchos *cultural nationalism*. Muchos centros y ámbitos de iniciativa social y económica. Muchos elementos cohesionadores entre el individuo y los referentes globales. Y que todo ello dé un rostro humano a la, por otro lado necesaria, positiva y, además, inevitable globalización.

El federalismo americano está en esa línea y ha dado muy buenos resultados. En Europa, esto cuesta más porque la unidad debe hacerse sobre realidades culturales, sociales, nacionales, muy arraigadas y antiguas. Pero esa diversidad históricamente y hoy mismo ha sido un factor de progreso.

En su libro *The wealth and poverty of nations. Why some are so rich and some so poor*, David Landes da una interpretación, que me parece muy plausible, de por qué el continente europeo superó a las demás grandes culturas mundiales a partir de la edad media, y especialmente a la cultura china.

Recientemente, a raíz de la entrada en el tercer milenio, se ha hablado mucho del año 1000 y de que por aquel entonces Europa estaba muy por debajo, en muchos aspectos, de la civilización china, así como de la arabomusulmana. Por el contrario, en 1500 la situación ya había cambiado. La teoría de Landes es que, frente al sistema chino, muy monolítico, muy estratificado, con un concepto de la globalidad que ahogaba las diferencias, en Europa hubo diversidad cultural, política, social, nacional y en un cierto sentido incluso religiosa. Una diversidad fértil.

Alguien puede decir, o muchos pueden decir, que, sin embargo, hoy por hoy esa fértil diversidad europea

no alcanza el grado de potencia de los Estados Unidos. De acuerdo. Pero es que los Estados Unidos también son hijos de la diferencia, incluso a veces de la disidencia, de la libertad de pensamiento y del espíritu crítico, de la búsqueda de nuevas fronteras en todos los terrenos, de su naturaleza de *wellcome society*, de su capacidad de incorporar a gente, ideas y mentalidades distintas.

Pero el tema de la potencia americana, de su papel en el mundo, de la reacción que provoca en los no americanos es otra historia. En cualquier caso, sería abusar de su paciencia que ahora iniciara ese tema, que ustedes conocen mejor que nadie.

Les agradezco su atención.

